

MEDITACION EN TORNO A LA LIBERTAD DE PRENSA

"Su opinión es exactamente contraria a la mía, pero estoy dispuesto a jugarle la vida para que pueda expresarla".

VOLTAIRE

GENUINO producto de la Ilustración, los enciclopedistas concibieron y elaboraron la libertad de prensa como un derecho natural e imprescriptible; uno de los elementos integrantes de la trilogía del progreso, conjuntamente con la constitución liberal y la educación racional, como decía Condorcet.

El derecho de manifestar el propio pensamiento y las propias opiniones, sea por vía de la prensa, sea por cualquier otra manera, el derecho de reunirse pacíficamente, y el libre ejercicio de los cultos, no pueden ser prohibidos.

La necesidad de recordar la existencia de estos derechos supone la presencia o el recuerdo del despotismo. (DECLARACION DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO, ARTICULO 7º).

He aquí la génesis de la libertad de prensa, surgida de la formidable conmoción que sacudió los cielos de Francia en 1789, y proyectada luego, junto con otros derechos y libertades, hacia los confines de la tierra, a manera de contrapartida del despotismo.

Desde entonces, mucho es lo que se ha escrito, y mucho es lo que se escribirá todavía acerca de este árduo, polémico y candente tema de la libertad de prensa.

Quizás no resulte aventurado afirmar que de todos los derechos que consagra la Constitución, éste es el que cuenta con mayor número de adeptos, y muy pocos han de ser los que ostenten el privilegio de ser protegidos por tantos y tan celosos guardianes.

La menor lesión que pudiera inferirse, la más velada amenaza,

el más sutil amago, concita de inmediato la alarma de un mecanismo de custodia extremadamente sensible, que no reconoce creencias ni fronteras, y que reacciona en forma automática, cualquiera sea la naturaleza o entidad del estímulo.

Pareciera ser, sin embargo, que esa suerte de sentimiento fraternal y mutualista que impulsa todas estas reacciones, a menudo enerva el juicio sereno y ecuánime, y es así que los lamentos indiscriminados superan y asfixian el análisis.

La terminología quejosa no ofrece mayores variantes: "ataque a la libertad de expresión", "agravio a la opinión pública", "mordaza del pensamiento", etc., etc., lugares comunes que bien pueden aceptarse, cuando el ataque o el agravio realmente se han producido.

Desde luego que no todas las medidas que los gobiernos adoptan dentro de este espinoso terreno, constituyen auténticos agravios, y correlativamente, no todo lo que se publica y difunde por medio de la prensa, merece ingresar en el selecto círculo de lo lícito o permitido.

Una corruptela insensiblemente consentida, ha ido confiriendo un sentido mucho más laxo al concepto originario, y el estricto campo de las "ideas", "opiniones" o "pensamientos" se ha ido dilatando en forma tal, que hoy en día, poner maliciosamente en boca de alguien lo que no ha dicho, difundir informaciones falseadas o tendenciosas, urdir artificiosamente situaciones engañosas orientadas a confundir a la opinión pública, incitar al caos y

la subversión, etc., etc., forma parte también, para algunos de lo que denominan genéricamente "libertad de expresión", a cuyo amparo incursionan con frecuencia, invadiendo de tal suerte esa híbrida tierra de nadie, producto forzado de la confusa situación fronteriza que este derecho —como ningún otro— ofrece entre los límites del libertinaje y la libertad.

Por otro lado, no existen leyes que en forma concreta reglamenten el ejercicio de este derecho, y nadie se anima tampoco a sancionarlas, tal vez como consecuencia del temor reverencial que a todos inspira este verdadero "tabú" legislativo.

A raíz de ello, tenemos por una parte, que la Constitución garantiza el derecho de publicar "ideas" por la prensa sin censura previa, pero no está del todo claro qué es lo que sucede cuando con la protección de tan generosa garantía, se difunden ideas, noticias, informaciones, pensamientos o "expresiones" que perturban determinados órdenes jurídicos.

Cuando las víctimas del atropello resultan ser la moral, las buenas costumbres, la honestidad... reacciona el poder de policía estatal en uso de legítimas atribuciones desde luego, indiscutibles.

Pero hay circunstancias mucho más complejas donde la relación victimario-víctima no aparece tan clara.

La tranquilidad pública, la paz social, la democracia, el prestigio de una Nación, el occidentalismo, los principios republicanos... todo ello forma parte de una escalada de valores cuyo exacto ecuador axiológico resulta impreciso y difuso. Saber cuándo y por qué ciertas expresiones de la prensa pueden llegar a vulnerarlos no es por cierto tarea sencilla, y por eso se facilita el abuso de las partes en juego, tanto de los gobiernos demasiado celosos de sus propias convicciones, como de los especuladores de la "libertad de expresión".

Sepan entonces los gobiernos ponderar con sabiduría, equidad y prudencia, el exacto contenido y alcance de las expresiones que los irritan, y sepan también algunos "voceros de la opinión pública" que la libertad y el libertinaje tienen su muro divisorio, que no todas las expresiones encajan en el concepto de "ideas", "opiniones" o "pensamientos" honestos y mesurados, sepan diferenciar la crítica serena y bien intencionada de la torpe y burda chismografía, y piensen también que las "expresiones" deben ser utilizadas siempre para construir y nunca para destruir.

Y que la libertad de prensa, por más respetable que sea, no puede estar en ningún caso por encima de los permanentes intereses de la Nación Argentina. ♦

Doctor Nemo